UNIVERSO LÜAR

EN FASE CONTIGO

Mini libro del EP



Una fotografía que aprende a escuchar.

Raül Castelló

DOS

DOS

DOS

DOS

DOS

Condiciones de luz

Un hombre escucha. Una fotografía cambia. La noche dura lo que duran cinco canciones, aunque dentro quepan años.

La habitación y las escenas que se abren desde ella son ficción. No reconstruyen la vida de Raül Castelló ni atribuyen sentimientos a una mujer real. Los datos de creación y la interpretación del desenlace proceden del encargo del autor. La fotografía pertenece a este relato.

Los cinco movimientos siguen el recorrido musical de En Fase Contigo. Las palabras que vuelven entre sus páginas son prosa de esta edición, salvo los versos expresamente entrecomillados. No son letras añadidas a las canciones.

Puede entrar quien no conozca la música.

Solo hace falta dejar un sitio para escuchar.



PRÓLOGO

La habitación donde vuelve la señal

Esta escena es ficción.

De noche, un hombre deja cinco luces encendidas sobre una mesa. No son velas. Son los pequeños testigos de una escucha: el teléfono, una lámpara, el reflejo azul de una pantalla, una ventana que devuelve la ciudad y el piloto rojo de un equipo que todavía no ha terminado de apagarse.

Pulsa el primer corte. La voz entra desde lejos. No sabe todavía que una canción puede contener una habitación entera: una cama sin nadie, un mensaje escrito y borrado, una carretera que sigue recta mientras dentro todo cambia de dirección. Tampoco sabe que, al final, la quinta canción devolverá la primera con otra respiración.

En la mesa hay una libreta. En la primera página, una frase. No parece una explicación; parece una pregunta que ha sobrevivido a su autor: cómo puede algo estar tan lejos y seguir perteneciendo al mismo sistema.

El hombre no contesta. Escucha.

Durante unos minutos, la música hace lo que hacen las cosas que importan: no resuelve el pasado, pero cambia la forma de estar dentro de él. La habitación no se mueve. La ciudad tampoco. Sin embargo, entre una nota y la siguiente aparece una distancia nueva, más habitable.

Cuando llega el final, la libreta sigue abierta. La señal no ha traído a nadie de vuelta. Ha hecho algo más raro: ha devuelto al hombre a la misma pregunta sin dejarlo exactamente en el mismo lugar.

Las canciones de este EP nacieron en fechas distintas y desde estados distintos. Solo después se reveló que podían leerse como una travesía. La historia no estaba esperando ser inventada desde cero; estaba escondida en la dirección de las canciones.



01 EN FASE CONTIGO

La imagen original

En la pantalla hay una fotografía de dos personas. La ampliación ha convertido sus caras en pequeñas superficies de luz. Él podría contar los píxeles de una mejilla. No podría averiguar por ellos qué estaba pensando ella.

Los dos miran hacia un lugar fuera del encuadre. Ese detalle le había parecido secundario. Esta noche le molesta: ni siquiera en la imagen elegida para guardar el encuentro estaban mirando lo mismo.

La reduce. Vuelven los rostros. Vuelve el alivio.

QUÉDATE ASÍ.

La orden, por fortuna, solo la entiende la pantalla.

La canción entra y él acerca el teléfono, como si la voz pudiera calentarse entre las manos. No hay mensaje nuevo. El aparato cumple perfectamente su función: reproduce lo que alguien dejó grabado. Es él quien espera de vez en cuando otra cosa.

Piensa en la facilidad con que una imagen recibe nuestros encargos. Demuestra que fuimos felices. Demuestra que no lo inventé. Demuestra que todavía.

La fotografía no demuestra tanto. Conserva una luz, una postura, la coincidencia de dos cuerpos durante una fracción de segundo. Él le ha pedido también una casa.

En el cristal del teléfono se superpone su reflejo. Ahora hay tres figuras: las dos de antes y la que sostiene la imagen. La tercera tiene sueño. Apoya los codos en la mesa. La primera canción todavía puede hacerle creer que la distancia es una avería pequeña, algo que una palabra exacta conseguirá reparar.

Aquí estamos.

Lo dice tan bajo que podría estar leyendo un pie de foto.

01 EN FASE CONTIGO

Una errata luminosa

En agosto de 2025, Raül Castelló encontró una puerta en una explicación equivocada: la llamada «ecuación del amor de Dirac». Aquel relato popular confundía la ecuación de Dirac con el entrelazamiento cuántico. De ese equívoco nació la inspiración de En Fase Contigo.

La etiqueta prometía demasiado. Casi podía pegarse sobre una caja: CONEXIÓN A CUALQUIER DISTANCIA. El contenido era otro. La ecuación de Dirac describe física relativista y abrió el camino a la antimateria; no certifica vínculos entre enamorados. El entrelazamiento tampoco transmite sentimientos ni mensajes instantáneos.

El error no necesitaba protección. La pregunta, sí.

¿Cómo puede alguien estar ausente y seguir modificando una habitación?

Sobre la mesa, el teléfono proyecta un rectángulo frío. En la canción, el campo se vuelve influencia; el estado compartido, una forma de imaginar el vínculo. La interferencia presta su dibujo a lo que se refuerza y se cancela. Los espinores traen su extrañeza matemática, sin convertirse en un diagnóstico del corazón. El encuentro entre materia y antimateria ofrece una imagen de transformación; los fotones, un resto luminoso. Son funciones poéticas. Ninguna partícula responde por este hombre.

A él le había seducido la posibilidad de desaparecer juntos en un fulgor. Una salida muy brillante. Sin problemas de convivencia posteriores.

Ahora, ante las migas de la cena, imagina una dificultad menos espectacular: seguir siendo dos después del encuentro. Lavarse los dientes. Decir algo incómodo. Soportar que el otro no lo entienda inmediatamente.

La canción continúa. La explicación falsa ha perdido su etiqueta. Lo que había despertado debajo sigue vivo.

Aquí estamos.

Todavía lo dice en plural.



Fuera de registro

La primera copia sale azul. La segunda, magenta. Al superponerlas, las bocas no coinciden. Unos milímetros bastan para que parezca que cada persona intenta separarse de sí misma.

Él recuerda una cocina. O la construye con varias: una silla que roza el suelo, el zumbido de una nevera, un vaso demasiado cerca del borde. La memoria monta sus decorados con lo que encuentra. Esta noche no se le exigirá una dirección postal.

En esa cocina, él tiene una tarde libre. Ella tiene una mañana. No es una diferencia extraordinaria. Cabe en dos casillas de un calendario y, sin embargo, no cabe en la vida que intentan juntar.

Al principio hacen bromas. Se envían horarios como quien intercambia mapas de un tesoro. Cada coincidencia parece demostrar que las demás acabarán llegando. Después empiezan a llamar mala suerte a cosas que necesitan una conversación.

Él quiere hablar cuando ella necesita dormir. Cuando ella puede hablar, él ya ha convertido la espera en un argumento. Ninguno se reconoce del todo en la versión que recibe el otro.

En la imagen azul se inclinan para acercarse.

En la magenta ya están cansados.

Las dos imágenes son verdaderas dentro de esta cocina inventada. Al ponerlas una sobre otra no aparece una mentira: aparece una forma que duele mirar.

Él intenta desplazar la segunda capa. Los rostros encajan, pero las manos quedan dobles. Corrige las manos. Se separan otra vez las bocas.

Desde la habitación llega el sonido de una moto. Alguien baja la persiana de un comercio. La ciudad no ha advertido el problema de impresión.

02 UNIVERSOS PARALELOS

Casi

Aquí estamos.

Aquí estamos casi.

El adverbio ocupa menos espacio que un dedo. Él amplía la fotografía hasta que ya no cabe entera en la pantalla. El pequeño desplazamiento también crece.

Durante un tiempo creyó que amar consistía en insistir hasta que las formas coincidieran. Había algo tranquilizador en esa idea: todo dependía de trabajar más. Otra llamada. Otra explicación. Otra madrugada disponible. Incluso el agotamiento podía presentarse como una prueba favorable.

Pero en la cocina nadie necesita una prueba más. Necesitan cenar sin que la cena sea una negociación sobre el porvenir. Necesitan poder decir hoy no sin que esas dos palabras se conviertan en nunca.

No encontraron siempre la manera.

Él quisiera conservar solamente los momentos en que sí la encontraron. Recortarlos. Hacer con ellos una secuencia continua. La edición sería hermosa: ninguna espera, ninguna retirada a destiempo, ningún gesto entendido al revés. Un amor sin material descartado.

Se da cuenta de que esa película requeriría borrar una parte demasiado grande de los dos.

Deja de ampliar.

La canción puede imaginar otra dimensión donde el encuentro sea posible. Él no tiene que mudarse allí esta noche. Le basta con admitir que lo ocurrido no exige una continuación para haber ocurrido.

En la mesa queda un círculo de agua bajo el vaso. Lo limpia con la manga. Esa acción no resuelve nada, pero termina. Le sorprende el descanso de hacer algo que termina.

En la fotografía, las dos figuras siguen mirando fuera del encuadre. Por primera vez considera que quizá cada una tuviera un motivo.



03 ECOS DE UN SOL DISTANTE

El negativo

Borra una figura.

La operación tarda menos de un segundo. El programa rellena el hueco con una pared que nunca estuvo allí. Es una pared convincente, incluso elegante. El hombre contempla esa eficiencia con una mezcla de alivio y vergüenza.

Solo queda él, iluminado por el mismo resplandor.

Vuelve atrás.

Ella reaparece. La pared falsa desaparece. La luz no cambia.

La pantalla le ha permitido ensayar una crueldad pequeña sin consecuencias para nadie que viva fuera de ella. No le ha permitido entender por qué sigue doliendo.

Durante la tercera canción deja de tocar los controles. Le viene una escena sin rostros: una mano que aparta una libreta para dejar sitio a otra cosa. Le viene otra: esa misma mano cerrándola antes de escribir. No sabe cuántas veces convirtió su deseo de hacer algo en la espera de una señal ajena.

Era cómodo llamar sol a otra persona. Bastaba con orientarse hacia ella. También era una carga que él no había visto mientras la ofrecía como elogio.

La habitación se oscurece cuando el teléfono entra en reposo. En la ventana aparece con claridad su cara, sostenida por la lámpara que tiene al lado. El reflejo parece venir de la ciudad. Él conoce el truco. Está viendo una luz de dentro sobre una noche de fuera.

No es una prueba de nada. Es una coincidencia doméstica, disponible para quien acaba de escuchar una frase que ya no sabe apartar.

«El sol que quemaba mi piel no era tuyo: era yo».

No toca el teléfono para recuperar la foto.

03 ECOS DE UN SOL DISTANTE

Sin dueño en el reverso

Había imaginado la revelación con más ruido. Una puerta abierta de golpe, quizá. Algo digno de contarse después. Lo que ocurre es que se queda sentado y le pesa el cuerpo.

La otra persona no se vuelve menos importante. Tampoco se vuelve culpable por haber recibido un nombre demasiado grande. Él la había colocado en el centro de una explicación que no podía sostener una vida entera.

Ahora esa explicación falla y hay cosas que le toca recoger.

No solo el daño. También lo que llevaba tiempo dejando para cuando alguien lo mirase de la manera adecuada: la libreta, el deseo, la posibilidad de terminar una canción sin usarla como una carta con destinatario obligatorio.

Abre una página nueva. Escribe una línea. Le parece mala.

La deja.

Durante unos segundos tolera que exista una línea mala que no puede atribuirle a nadie. Luego cambia una palabra. Ese trabajo pequeño lo ocupa de una forma desconocida: no está traduciendo una ausencia. Está haciendo algo.

En la pantalla apagada queda la huella de su pulgar. Antes buscaba detrás de ese cristal un rostro capaz de confirmarlo. Ahora necesita un paño. Lo busca en el cajón y encuentra recibos, un cable, una pila gastada. La identidad recuperada comparte espacio con objetos de utilidad dudosa.

Vuelve a sentarse. Aún echa de menos. El descubrimiento no le ha concedido inmunidad.

Aquí estoy.

La frase pierde una palabra y gana el peso de un cuerpo en una silla. No sale de la habitación convertida en lema. Se queda allí, junto a la línea que todavía puede mejorar.

En la fotografía vuelven a estar los dos. Ya no necesita borrar a nadie para verse.



04 ÓRBITA DE CRISTAL

Tres ejemplares del mismo vaso

En el primero, la luz.

El vaso proyecta una mancha clara sobre la mesa. Él mueve la mano a través de ella. La claridad le atraviesa los dedos sin pedirle una explicación. Recuerda la facilidad de ciertas tardes, lo poco que había que hacer para estar bien. Todavía puede recordarlas sin corregirlas.

En el segundo, la grieta.

Gira el vaso. Una línea fina sube desde la base. No la había visto porque miraba el reflejo. En otra cocina, en otra escena compuesta de memoria y ficción, dos personas dejan enfriarse la cena. Una frase ha salido con más filo del que quien la dijo reconoce. La respuesta llega cargada con frases anteriores. Enseguida discuten sobre lo que acaba de pasar utilizando todo lo que pasó antes.

En el tercero, el filo.

La rotura es pequeña. Podría seguir bebiendo por el otro lado. Esa solución le resulta demasiado conocida.

Acercar. Retirar. Esperar.

Acercar. Retirar. Esperar.

La tercera vez cambia el orden. El resultado no.

Él piensa en las ocasiones en que una disculpa les devolvió la ternura sin modificar el camino por el que acababan de hacerse daño. No eran disculpas falsas. Precisamente por eso costaba entender que no bastaran.

El cristal mantiene su belleza mientras él lo deja sobre un paño. Ningún descubrimiento lo vuelve opaco. Al apartarlo de la boca, la mancha luminosa cambia de sitio.

Puede admirarla desde aquí.



La serie no se completa

En una exposición podrían colgarse doce copias de la misma discusión. Desde lejos serían un ritmo. De cerca, habría una mandíbula apretada en la cuarta, una mano abierta en la séptima, una palabra que no se llegó a decir en la novena.

Él siempre se detenía ante esa novena copia. Si hubiera dicho. Si hubiera callado. Si hubiera esperado diez minutos. La recorría con la atención de un restaurador convencido de que una esquina bien reparada salvaría el edificio.

La canción no le permite quedarse allí. Lo devuelve al conjunto. Hay una belleza que se repite. Hay una herida que también.

No consigue adjudicar cada arañazo. Algunos los recuerda de manera distinta según el día. Tampoco quiere terminar la noche levantando un inventario que le conceda la mejor parte del dolor.

Se levanta para recoger el vaso. Lo envuelve con cuidado. Mientras dobla el paño, el pulgar encuentra por fuera la dureza del borde. Reduce la presión. Ese gesto sencillo le exige una atención que no puede sustituir ninguna teoría sobre el amor.

La luz sigue pasando a través del hueco de la tela.

QUÉDATE ASÍ.

La frase vuelve, indecente por un momento. ¿Así cómo? ¿En el instante anterior al corte? ¿En la fotografía que exige al cuerpo no moverse? La retira sin pronunciarla.

Deja el vaso apartado. Después tendrá que decidir qué hacer con él. Por ahora evita que alguien lo coja sin ver la grieta.

La mesa conserva su marca circular. Esta vez no la frota. La mira hasta que deja de parecerle una órbita y vuelve a ser lo que también era: un poco de agua sobre una superficie.

Queda una canción.

La imagen tiene voz

Reconoce el comienzo antes de que termine de llegar. El cuerpo prepara sus antiguos movimientos: inclinarse, acercar el teléfono, completar la frase. Hasta el dolor parece saber su entrada.

Pero hay otra voz.

Julia acompaña algunas palabras y responde otras. Dentro de la canción, «ella» deja de ser solamente el lugar hacia el que canta él.

El hombre mira la fotografía. Lleva toda la noche moviendo colores, corrigiendo distancias, borrando y devolviendo figuras. Ha tratado a la mujer de la imagen con la delicadeza y la violencia de quien cree poder terminar una composición a solas.

No había imaginado el inconveniente de que la imagen hablara.

La segunda voz no dice todo lo que él habría querido oír. No trae una explicación de cada silencio, no ordena las discusiones, no ofrece una fecha para volver. Él siente el impulso de añadir esos significados, igual que antes había añadido una casa a un instante fotografiado.

Se queda quieto para no hacerlo.

Las voces comparten espacio. En algunos lugares se acercan tanto que escucha el roce; en otros distingue el borde de cada una. Hay sitio para ambas sin que una tenga que volverse transparente.

La luz propia no se apaga al entrar esa voz. La libreta sigue abierta en una página que le pertenece. La línea imperfecta continúa esperando trabajo. Nadie viene a rescatarlo de su identidad.

Lo que cambia está en otro lugar: el recuerdo ya no recibe sonido desde un solo lado.

Aquí estamos.

Por primera vez esta noche, él deja de completar mentalmente el plural.

05 EN FASE CONTIGO REPRISE

Dos cuerpos permanecen

«Nunca en el mismo punto, siempre en la misma canción».

La frase ya estaba en el estribillo final de la canción original. El hombre la había escuchado como se mira una puerta dibujada en una pared: comprendía la forma, pero no encontraba por dónde pasar.

Ahora la oye entre dos voces. El cambio no está en las palabras.

La primera imagen les ofrecía un encuentro tan intenso que podían perder sus formas en la luz. Esta les permite seguir distinguiéndose. Una respiración no consume la otra. El tiempo compartido no les exige una vida idéntica.

En la pantalla, la fotografía ha vuelto a su tamaño inicial. Él no necesita corregir los hombros, acercar las caras ni limpiar la sombra entre los cuerpos. La distancia forma parte del encuadre.

Piensa en pulsar otra vez el comienzo. Podría tener la respuesta disponible tantas veces como quisiera: seleccionar, reproducir, repetir. La máquina sería infalible. Él, no. Mañana podría escuchar una promesa donde esta noche ha conseguido escuchar un reconocimiento.

Aparta la mano.

En esa pausa comprende algo incómodo acerca de los discos: conservan incluso lo que todavía no sabemos oír. No se cansan de devolverlo. Tampoco impiden que lo usemos mal.

La voz de ella se acerca al final. Él no la convierte en una noticia sobre una mujer fuera de esta obra. No desbloquea el teléfono. No busca una conversación real que haga juego con la canción.

Sobre la mesa hay cinco luces y un vaso envuelto. En la libreta, una línea por terminar. La vida continúa teniendo esas dimensiones.

Esta vez escucha hasta el final.

Última exposición

La luz del teléfono se atenúa. Quedan la lámpara, el azul de la pantalla, la ciudad devuelta por la ventana, el piloto rojo. La quinta luz no se ha ido lejos: duerme dentro de un aparato que él podría despertar con un dedo.

No lo hace.

El paño tiene un pliegue amarillo bajo la lámpara. Al cambiar de postura, su reflejo se mueve sobre la ventana. La ciudad permanece detrás. Ya sabe cuál de las dos cosas está dentro de la habitación.

La fotografía sigue abierta en la otra pantalla. Dos personas miran fuera del encuadre. Esta noche no les pedirá que se vuelvan.

En la grabación, Lüar deja de cantar.

La última frase queda enteramente en la voz de Julia. Él escucha sin prestarle una respuesta. Sobre la mesa, la página no se cierra.

«En fase contigo».

UNIVERSO LÜAR



«De una luz que pensé perdida pero que seguía ahí, esperando a ser reconocida».

FRAGMENTO DEL MANIFIESTO LÜAR

Una habitación. Una fotografía. Cinco canciones.

En una noche de escucha, la distancia cambia de forma y una imagen deja de ser la misma. Un relato sobre lo que conservamos, lo que proyectamos y lo que aprendemos a reconocer.

EN FASE CONTIGO
Raül Castelló